

¡Pobrecitas! me desprendí de ellas, las obligué á que se retiraran, salí de la repostería y al cruzar por la calle de Alcalá alfombrada de nieve, me encontré numerosos chiquillos, nobles y ricos, arrellanados entre los cojines de seda de los carruajes, y pensé para mis adentros:

Más dichosas que estos niños ricos son en estos momentos la saboyanita y sus hermanas.

Algunas veces, creo al despertar que llegan á mis oídos, como en pasados días, las doloridas notas de aquellos tres pobrecitos serafines, cubiertos de harapos, verdaderos engendros del dolor y de la miseria.

¿Qué serán hoy con veinte años encima?

ENRIQUE DE OLAVARRÍA Y FERRARI

(DEL LIBRO « MIS AMIGOS. »)

El año de 1863 llegó á México el distinguido amigo mío, cuyo nombre engalana y avalora estas páginas. Contaba entonces veintiún años siendo ya Bachiller en Artes, graduado en la Universidad de Madrid, lugar de su nacimiento, ocurrido el 13 de Julio de 1844.

Enrique de Olavarría no llegó á buscar aventuras extrañas ni traía las condiciones que ofrecen á muchos, á precio de un bajo oficio, el logro de una fortuna. Descendiente de distinguida familia, he aquí los antecedentes de ella, tomados de un pliego impreso en España con el título de « Extracto de los méritos, servicios y circunstancias de D. Juan de Olavarría, » que tengo á la vista, y dice así:

D. Juan de Dios de Olavarría, nació en Bilbao (Vizcaya), el 8 de Marzo de 1787, y fué hijo de D. Pedro de Olavarría y de doña María Josefa de Basauri.

Después de haber hecho sus estudios patrios en Zaragoza pasó á completar su educación en Francia, Holanda é Inglaterra.

Hallándose en 1808 en este último reino, noticioso de los progresos de Napoleón sobre la península, se restituyó inmediatamente á España con el fin de abrazar la causa de la independencia nacional.

En 3 de Mayo de 1811, casó con doña María Josefa de Usábal, y de este matrimonio tuvo tres hijos, que fueron: D. Fernando, D. Alejandro y doña Carmen. Falleció su primera esposa algunos años más tarde, á efecto de las fatigas é inquietudes, causadas por las persecuciones de que fué objeto la familia y casi concluyeron con los cuantiosos intereses de fortuna legados á D. Juan, por su padre D. Pedro.

En 1813, estando accidentalmente en Montevideo, y viendo que esta ciudad, llave del Río de la Plata, iba á sucumbir á manos de los insurgentes de Buenos Aires por falta de viveres y recursos pecuniarios, la socorrió una vez con seis mil duros, y otra con nueve mil.

De regreso á España en 1814, concibió el proyecto de restablecer el gobierno Constitucional en las provincias del Norte, agregando á sus tareas al general Renovales y á D. Juan Antonio de Yandola; mas habiéndose frustrado la empresa por infidencia, fué condenado á la pena capital, perdió la mayor parte de sus bienes, y tuvo que emigrar al extranjero, después de haber puesto en salvo á los demás comprometidos en la conjuración. Á consecuencia de esta malograda empresa, su mujer, su hermana y su madre política fueron sentenciadas á diez años de encierro, después de haber sufrido cinco de cárcel, desde 1813 á 1820, en que se proclamó la Constitución de 1812, habiendo

merecido por sus grandes padecimientos y la nobleza y heroísmo de su conducta que las Cortes generales de 1820 las premiasen con una pensión vitalicia.

Durante su emigración de 1815 á 1820 hizo dos viajes á Cataluña y Aragón, con el objeto de ensayar en la Coronilla de Aragón la proclamación del gobierno Constitucional, y otro á Italia con el fin de poner al Rey D. Carlos IV, en los intereses del sistema liberal.

Por estas consideraciones, y de resultas de varios opúsculos que publicó en 1820 antes de reunirse las Cortes, sobre la conveniencia política de revisar y mejorar la Constitución de 1812 y otras materias, fué encargado de la instalación de las Aduanas en la frontera de Guipúzcoa, y nombrado al mismo tiempo Administrador de la de Irún.

En 1821 fué enviado á París por el Excmo. Sr. D. Eusebio de Bardáji y Azara, Secretario de Estado, para entablar relaciones é inteligencias muy importantes y reservadas con los principales caudillos de la oposición francesa, y mereció por el modo con que desempeñó esta comisión los mayores elogios y el particular aprecio de ambas partes interesadas. En esa misma época afirmó é intimó las estrechas ligas de cordial amistad que siempre mantuvo con los insignes generales franceses La Fayette y Lázaro Carnot, con quienes sostenía constante y frecuente correspondencia: cuando el enérgico é inquebrantable diputado á la Asamblea legislativa y á la Convención, llamado el organizador de la victoria, se retiró decepcionado á Magdeburgo después de la Restauración, Olavarría fué varias veces su huésped y compañero en estudios científicos.

En 1822, el Excmo. Sr. D. Francisco Martínez de la Rosa, siendo igualmente Secretario de Estado, hizo que á la mencionada comisión confidencial se le agregase la de vigilar las tramas de los caudillos facciosos

que á la sazón se reunían en la frontera de Francia, y descubrir los ulteriores proyectos del gabinete francés, como todo se verificó á entera satisfacción de dicho ministerio, á quien participó con oportunidad que habían venido á parar á su poder agencias y papeles muy importantes.

En 1823, el Excmo. Sr. D. Evaristo de San Miguel, Secretario de Estado desde Julio del año anterior, deseando utilizar los trabajos preparados por sus antecesores, le encargó con instancia los llevase á pronto y feliz término; pero habiendo faltado el tiempo y los auxilios pecuniarios, que eran precisos y urgentes, no pudo realizarse el proyecto, reducido á volver contra el gobierno francés de aquella época las armas que había reunido en la frontera para destruir el régimen Constitucional en España.

En la misma época fué propuesto para Jefe político de la provincia de San Sebastián, como lo había sido antes por los Sres. Felú y Moscoso, Ministros de la Gobernación; pero aplazóse el nombramiento definitivo hasta la conclusión de las comisiones reservadas que tenía á su cargo, las cuales se disfrazaban mejor con el título de Administrador de Aduanas en la frontera.

Sabedor en 6 de Abril de 1823 que el coronel francés O-Mohony tenía órdenes de pasar aquella misma noche el Bidasoa, y apoderarse de su persona y papeles para sorprender las relaciones é inteligencias que había tenido en el ejército francés, dispuso frustrar enteramente su siniestro intento, trasladándose incontinenti á San Sebastián, y embarcándose luego con toda su familia para la Coruña y Cádiz, después de haber puesto en noticia del Gobernador de aquella plaza las inteligencias que el ejército invasor tenía dentro de sus murallas.

Los aciagos sucesos de Septiembre del mismo año le obligaron á emigrar primeramente á Inglaterra, y

después á la Bélgica, no habiendo podido encontrar asilo en Francia hasta el Ministerio de Martignac, de resultas de haberse encontrado su nombre en los papeles ocupados á varias personas procesadas en aquel reino, y fué expulsado nuevamente de él al advenimiento de Polignac al Ministerio, que provocó la memorable revolución de Julio.

Encontrándose en Tournay, contrajo D. Juan segundo matrimonio con doña Josefa Inés de Usábal, hermana de la primera esposa, el 13 de Mayo de 1824. De este segundo matrimonio nacieron sus hijos D. José y D. Juan.

Durante su mansión en Inglaterra y Bélgica se dedicó constantemente á escribir en varios periódicos liberales y revistas literarias, y fué uno de los principales redactores del *Correo de los Países Bajos*, en unión de los Sres. Van der Weyer, de Potter, Van-eenen y otros hombres insignes en la historia coetánea de la Bélgica.

De acuerdo con el general Mina y otros patriotas emigrados, mantuvo constante correspondencia con algunos amigos que permanecían en España, y tomó parte en varios proyectos que tenían por objeto el restablecimiento de la libertad; en distintas ocasiones por su mediación se facilitaron á dicho general para llevar adelante el *Plan* sumas de alguna consideración, que se aproximan á la cantidad de quince mil duros.

En cuanto S. M. la Reina Gobernadora entró en la senda del progreso, fué el primer emigrado que abrazó su causa con calor; decidió al brigadier Jáuregui y otros expatriados á que tomasen partido por la Reina doña Isabel, contra los que habían alzado en Bilbao el estandarte del absolutismo; hizo que el hijo único que tenía en estado de tomar las armas se alistase de soldado raso en el cuerpo que se iba á formar de Chapelgorris; combatió por medio de la

imprensa la funesta doctrina de algunos emigrados que no veían en la contienda de Carlos y de Isabel más que una mera cuestión de nombres propios; se ofreció á servir en cualquier concepto la causa de la ilustración contra el oscurantismo, y mereció en consecuencia al Excmo. Sr. D. Federico de Castañón, Comandante general de las provincias exentas, varias confianzas y comisiones delicadas que desempeñó con acierto, y le granjearon su particular aprecio y recomendación.

Publicado el Estatuto Real, vino en Mayo del año 1835 á la capital, donde dió á luz una memoria dedicada á S. M. *sobre el medio más breve y eficaz de mejorar la condición física y moral del Pueblo Español*, de la cual se hicieron tres ediciones.

Iba á salir para Francia el 24 de Julio del mismo año con una comisión reservada y muy importante del Gobierno, cuando fué preso al amanecer del mismo día juntamente con los Sres. Duque de Zaragoza, D. Lorenzo Calvo de Rosas, y otros, calificándole miembro presunto de un nuevo Gabinete que debía formarse de resultas de un proyecto concebido con el fin, según aparece de autos, de elevar á pacto constitucional los términos graciosos del Estatuto Real.

Recobrada su libertad, injustamente atacada, pasó á Francia, en donde el Excmo. Sr. D. Francisco Martínez de la Rosa, le confirió de Real orden la comisión de estudiar la índole y progresos de la facción navarra, y proponerle los medios de pacificar el país sublevado, con el menor sacrificio de sangre y de dinero.

Cuando el Sr. Conde de Toreno sucedió al Sr. Martínez de la Rosa en la Secretaría de Estado y presidencia del Consejo de Ministros, le confirmó en el mismo encargo confidencial; y si bien las diligencias practicadas para el efecto no tuvieron todo el resultado que era de desearse á causa de la corta duración

de ambos Ministerios y de los sucesos que más particularmente amagaron al segundo, es bien sabido que les procuró muchos y preciosos datos y noticias que debieron auxiliar poderosamente al Gobierno de S. M., habiéndoles merecido por estos servicios un aprecio particular.

Finalmente, de regreso en Madrid, fué presentado y recomendado muy particularmente al Presidente del Consejo de Ministros, Excmo. Sr. D. Juan Álvarez y Mendizábal. Á consecuencia de una conferencia tenida con dicho señor Ministro, le presentó, á solicitud suya y bajo palabra de reservado, una nota del estado en que quedaban sus relaciones en Bayona cuando caducó su comisión á mediados de Septiembre anterior, y aunque el referido señor Presidente del Consejo de Ministros no hizo uso de sus ofertas personales para traer á pronta y completa resolución este negociado, lo tomó indirectamente en consideración, aunque de un modo ineficaz é insuficiente.

En Marzo de 1836, S. M., atendiendo á los méritos y servicios de Olavarría, se dignó nombrarle oficial segundo de Real Hacienda, y comisionarle á Bayona con el objeto de disolver en lo posible el foco insurreccional vascongado, poniendo para el efecto en los intereses del gobierno de S. M. á las personas más influyentes en las Provincias exentas. Mas habiendo ocurrido la mudanza ministerial de Mayo, se le mandó cesar en su comisión sin embargo del lisonjero estado que á la sazón presentaban sus diligencias, bien se considerasen éstas como condiciones elandestinas de pacificación ó bien como ardides de guerra ó de política.

D. Juan de Dios de Olavarría falleció en 1837, poco después de haber cumplido los cincuenta años de su edad.

Su primer hijo D. Fernando, después de haber hecho brillante carrera militar, falleció pasado el año

de 1846, y quedó de jefe de familia D. Alejandro de Olavarría y Usábal, nacido en Bilbao el 10 de Abril de 1816. Hizo D. Alejandro sus primeros estudios, durante una de las emigraciones de sus padres, en Louvain y en Tournay de Bélgica, por los años de 1824 y 1829, y concluyó su primera educación en Burdeos en 1829 y 1830.

Otra vez hubo de emigrar la familia después de ese año y D. Alejandro pasó á Inglaterra y allí permaneció hasta 1833, consagrado al estudio de las matemáticas y del dibujo, llegando á ser en aquella ciencia y en este arte una indiscutible notabilidad; así lo declaró el jurado de examen de Green-Roso-Academy, en Carlisle, provincia de Cumberland.

Se trasladó más tarde á Bayona con su familia y allí continuó dedicado á las ciencias exactas, hasta 1835 en que habiendo podido regresar á España, ingresó brillantemente en la Escuela especial de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, acabada de organizar en Madrid.

Fácil y notabilísima fué su carrera, dadas sus aptitudes sobresalientes para las matemáticas, y aun antes de terminar el período reglamentario, mereció ser distinguido con honrosas comisiones. Concluída con supremo lucimiento su carrera de Ingeniero civil, en 1840 pasó á la Dirección General del Cuerpo, prestando valiosísimos servicios en la Sección de Planos. En 6 de Febrero de 1841 se le encargó el desempeño de la Cátedra de dibujo de paisaje en la Escuela de Ingenieros, por ausencia del profesor D. Genaro Pérez Villamil, y algunos meses después tuvo á su cargo la Secretaría.

En 3 de Agosto de 1842, fué designado para hacer los estudios relativos á la navegación del río Guadalquivir, y en 22 de Mayo de 1844 recibió el ascenso de Ingeniero de primera clase, con general aplauso de todos sus camaradas de profesión.

Su crédito artístico le valió ser solicitado para dar lecciones de pintura á las hijas del Infante D. Francisco de Paula, tío de la Reina doña Isabel Segunda.

En el año de 1843 contrajo matrimonio con doña Adelaida Ferrari y Scardini, y de este matrimonio tuvo tres hijos: Enrique, Amalia y Carolina.

En 15 de Junio de 1848, fué enviado á prestar servicios de su profesión, á la Provincia de Galicia; se encargó después de la dirección de los trabajos públicos en la de Pontevedra, y en 1851 pasó con singular prestigio científico á la provincia y ciudad de la Coruña. Á los treinta y ocho años y medio de su edad, cuando su nombradía era más creciente y bien fundada, y tocaba ya los más altos ascensos en su carrera, falleció víctima del cólera morbo, el 24 de Octubre de 1854 en dicha ciudad de la Coruña, donde su muerte causó un sincero y unánime duelo público.

Los hermanos menores D. José y D. Juan, se embarcaron para las Américas y ambos fallecieron en ellas. D. Juan fué á su vez víctima del cólera morbo y murió en México cuando apenas acababa de contraer matrimonio con doña Rosario Echeverría: su hija única doña Dolores, nacida después del fallecimiento de D. Juan, se encuentra casada con D. Pablo de Lascuráin.

En cuanto á mi amigo Enrique, repetiré que vino á México en Diciembre de 1865, cuando estaba casi al expirar el Imperio aquí implantado por la intervención francesa.

En México la situación era peligrosa y difícil en aquellos momentos para los liberales, y Olavarría no tuvo embarazo en afrontarla, tomando activa parte como colaborador de un periódico republicano exaltado « La Sombra, » que hacía tenaz oposición al Gobierno y en cuya redacción figuraban D. Juan de Dios Arias y el coronel J. Rafael Franco, muy conocido en el mundo de las letras por sus sonetos

satíricos firmados con el pseudónimo de « Nelusko. »

Para Enrique de Olavarría, joven y escritor, recién salido de la Universidad, habiendo ganado por oposición un empleo en el Banco de España el 11 de Marzo de 1865, acostumbrado á trabajos intelectuales y con un rico caudal de inspiración y de sabiduría, su único destino en un país hermano del suyo por la tradición, por la fe y por la lengua, era consagrarse á su vocación primera: á las letras.

Vivía entonces en la plenitud de sus mejores años, el ilustre D. Anselmo de la Portilla, aquel inolvidable caballero todo corazón y bondad, verdadero periodista que estrechó con sapientísimos artículos, los vínculos de afecto entre España y México, y él acogió con simpatía profunda á Olavarría, le publicó en « La Iberia », muchas poesías que hicieron sensación en el público por su delicadeza y entonación elevada y lo dió á conocer en los círculos literarios.

Al caer el Imperio y adueñarse de la plaza de México el Gral. Porfirio Díaz, el mismo día de la entrada de este ilustre jefe en la Capital, apareció el primer periódico liberal intitulado « El Boletín Republicano », lleno de entusiasmo patriótico, y en el que figuraban como redactores principales el festivo escritor Lorenzo Elízaga y Enrique de Olavarría y Ferrari. Hoy que han pasado muchos años, no puedo leer sin sentir una satisfacción grata y dulce, aquellos artículos hijos de la sana imaginación del amigo de quien me ocupo ahora, pidiendo á los vencedores clemencia para los vencidos. ¡Con razón toda la prensa de aquellos días los reprodujo y los ensalzó con entusiasmo! Ese mismo periódico fué el primero en proclamar la candidatura del Gral. Díaz para Presidente de la República.

Pasó del « Boletín Republicano » á redactar la « Idea Progresista » y allí se le conoció y estimó en

sus « Revistas semanarias », que estaban llenas de gracia, de novedad y de talento.

Sabido es que el triunfo de la República despertó en los literatos gran entusiasmo y tal parecía que al volver de la campaña, del destierro ó del retraimiento voluntario, habían todos ellos descolgado sus lirras para entonar nuevos cantos á la sombra de la paz. Los editores pedían novelas para ocupar sus prensas, las redacciones recibían con júbilo á ilustrados y juveniles obreros del periodismo y las compañías dramáticas se enorgullecían de poner en escena los frutos del ingenio de nuestros poetas. La compañía que trabajaba en el Principal pidió á Olavarría una obra y éste le dió un arreglo de « El Jorobado », escrito en ocho días y que alcanzó más de cien representaciones.

Entusiasmado con esos triunfos escribió un nuevo drama « Los Misioneros de Amor, » y con el fin de darlo á conocer á sus amigos convocó á una reunión que puede asegurarse fué la que motivó las inolvidables veladas literarias efectuadas en casa de Martínez de la Torre, del Gral. Riva Palacio, de Altamirano, de Schiaffino y de otras personas conocidas y reputadas en la más alta sociedad.

En estas veladas, de que me ocupó en otra parte de este libro, Olavarría contrajo amistad fraternal con nuestros más inspirados y aplaudidos poetas, que le trataron íntimamente hasta considerarlo su hermano, sin que de entonces á hoy se haya entibiado el cariño y la simpatía que con todos le ligaron.

No es de extrañar que en esa época los principales periódicos solicitaran sus trabajos ni que en virtud de esto tomara parte en la redacción del « Siglo XIX », « El Constitucional », « La Iberia », « El Globo », « El Correo de México » y más tarde en « La Revista Universal » que dirigió con acierto, en « El Federalista » cuya dirección tuvo también á su cargo por larga

temporada y dejó para fundar la importante revista de educación y recreo « La Niñez Ilustrada. »

Con gran facilidad para abordar siendo muy joven, empresas en que después ha descollado por su claro ingenio, escribió varias novelas, siendo las principales « El Tálamo y la Horea », de la cual se hicieron dos ediciones, « Venganza y Remordimiento » y « Lágrimas y Sonrisas. »

De esta novela dice en sus revistas el maestro Altamirano lo que sigue :

« Han salido las primeras entregas de la novela de Enrique Olavarría : « Lágrimas y Sonrisas. » Está impresa con mucho gusto y corrección. El principio interesa extraordinariamente. Sobre todo, para nosotros lo que hay de tierno en esa primera entrega es la dedicatoria que Enrique dirige á su virtuosa madre.

« Los amigos de Enrique sabemos bien que no sólo ama tiernísimamente á la que le dió el ser, sino que ha hecho de ese amor un culto apasionado y constante. Para Enrique, su madre es el mundo, es la felicidad, es la Providencia. En las horas negras que pasan frecuentemente sobre el expatriado, en esos días melancólicos que amargan el alma del poeta, en los arranques de vehemencia de que no puede librarse nunca el joven que siente hervir su sangre, la santa memoria de esa madre adorada y ausente ha sido para Enrique un consuelo, una esperanza, un apoyo. El nombre de esa mujer querida hace frecuentemente asomar las lágrimas á los ojos de nuestro amigo; pero también él las enjuga. ¡ Oh ! el amor de la madre es el aliento de Dios. No podemos resistir al deseo de copiar aquí la dedicatoria mencionada :

« Á la Sra, D^a Adelaida Ferrari y Scardini. Mi adorada madre : Una carta y un retrato tuyos, el cariño y el recuerdo míos, y una lágrima en tus ojos desprendida sobre mi nombre que tu mano acababa de trazar, han inspirado á un corazón rebosando santo

amor filial, esta ficción que escribo para distraerte en mi ausencia. Nada en ella es absolutamente verdadero, si se exceptúa el humilde bosquejo que de tus virtudes hago; nada hay en ella de tan precioso valor como tu nombre bendito protegiéndola en su primera página. Á las dos mil leguas de ti: á los cinco años de ausencia: ante Dios y tu retrato, tu hijo te saluda. — ENRIQUE. México, Junio de 1870. »

» ¡Qué pocas palabras, pero cuánta ternura en ellas!

» El público ha acogido con cariño la nueva obra de Olavarría. »

Los merecimientos y la sabiduría del joven escritor no pasaron inadvertidos ante el Gobierno, corporaciones y personas cultas: en 28 de Diciembre de 1871, fué nombrado catedrático de Literatura en el Conservatorio de Música y Declamación: en 1º de Febrero de 1872, catedrático de Geografía é Historia Universal y particular de México en la Escuela de Artes y oficios para señoritas; y en 29 de Abril del mismo año de 72, profesor de Aritmética y Álgebra en la Escuela Normal Central Municipal, ensayada siendo Presidente de la República el Sr. Juárez, con el objeto de formar profesores de instrucción primaria para escuelas municipales. — Reputado ya por sus juiciosos artículos y sus interesantes novelas, tratado con intimidad fraternal por todos los escritores, habiendo trabajado con éxito en las principales redacciones, con laureles ganados en la escena con sus dramas; teniendo reunidas en un volumen sus dulces poesías á las que puso prólogo D. Pedro Landázuri, Enrique entró de lleno á la vida mexicana, formando un hogar, enlazándose con la bella y virtuosa Srta. Da Matilde Landázuri. — Recuerdo aún la solemnidad de la ceremonia efectuada en el Sagrario Metropolitano de México y apadrinada por el Dr. D. Pablo Martínez del Río la mañana del 25 de Mayo de 1872.

La más culta sociedad mexicana asistió á este acto que llenó de gozo á cuantos conocían las exquisitas cualidades de los desposados.

Poco tiempo después, en Febrero de 1894, Enrique de Olavarría partió para Europa, residió en Alemania y de allí fué á Madrid donde yo le encontré y le traté durante algún tiempo. — No estaba en reposo su pluma. Muchos periódicos españoles y entre ellos la « Revista de Andalucía » que publicaba en Málaga el liberal y enérgico D. Antonio Luis Carrión, habían dado á conocer en brillantes y eruditos artículos de Olavarría el estado intelectual y material de México. Con la constancia que sólo infunde un gran cariño al país que ya consideraba suyo, con el conocimiento profundo de sus hombres y de los hechos más culminantes de su historia antigua y moderna, siendo amigo y compañero de sus más notables ingenios, Olavarría escribió « El Arte Literario en México », libro de unas doscientas y tantas páginas y del cual dice el Sr. Vigil « más de cien nombres de escritores consagrados al periodismo, á la poesía, á la novela, á las ciencias y á la historia, son dados á conocer en esa obra, que llamará la atención de los extranjeros con noticias curiosas sobre un país tan desconocido, y de los mexicanos que ven con orgullo enaltecido el nombre de la patria y de sus hijos. »

Ese libro demostró en España que no es nuestro país como se lo imaginaban entonces, « sino que — y tomo de nuevo palabras del Sr. Vigil — tiene una parte de su sociedad consagrada al cultivo de todos los ramos del saber humano, aspirando con justicia á la consideración de los que trabajan con empeño y abnegación en el progreso de la humanidad. »

« El Arte Literario en México » fué recibido con entusiasmo en Madrid así como después obtuvo igual acogida el tomo intitulado: « Poesías líricas mexicanas, coleccionadas y anotadas por Enrique de Ola-

varría y Ferrari. » En dicho volumen reunió poesías de muchos de nuestros poetas, haciendo á grandes rasgos la biografía y un juicio de cada uno de ellos. Esta obra que forma parte de la « Biblioteca Universal. » « Colección de los mejores autores antiguos y modernos, nacionales y extranjeros », fué juzgada por el eminente crítico D. Manuel de la Revilla, que hizo notar el gran servicio que prestaba á México el Sr. Olavarría en una época en que nadie se tomaba el trabajo de desvanecer inveterados errores respecto de nuestra cultura y civilización.

Después de vivir en España, y haber visitado á Francia, Bélgica y Alemania, en 1874 y 1876; después de haber publicado esos libros que la prensa mexicana encomió con el entusiasmo que merecían, y de haber escrito en la « Prensa » de Madrid, la « Andalucía » de Sevilla, la « Revista de Andalucía » de Málaga y el Semanario Matritense intitulado la « Vida Madrileña; » después de haber servido á nuestro Gobierno que le nombró en Agosto de 1877 su comisario oficial en los archivos de Indias de Sevilla y general de Simancas, donde encontró preciosos documentos para la historia, volvió á México en Diciembre de 1878, siendo recibido con gran cariño por todos los que aquí saben apreciar sus grandes méritos.

Olavarría es acaso el único que sin miedo de la opinión escribió en España acerca de la conveniencia de celebrar un tratado de propiedad literaria para impulsar con él la formación y fomento de nuestra literatura nacional.

Ya en México, la vida de Olavarría ha sido de una constante consagración á la historia y á las bellas letras. No sólo pudo redactar y sostener un periódico en unión del Sr. D. Pedro Landázuri y D. José Sánchez Ramos y D. Eduardo Dublán, que intitularon « El Cronista de México » y publicar extensos y eruditos artículos en la « Revista Nacional de Letras y

Ciencias » sobre « Datos para la biografía de D. Mariano Arista », sino que ha llevado á cabo obras de altísima importancia.

En tres años, comenzados en Julio de 1880, y terminados en Noviembre de 1883, escribió y publicó la primera serie de los « Episodios Históricos Mexicanos » que son diez y ocho tomos de los cuales los cinco primeros aparecieron con el pseudónimo de *Eduardo Ramos*.

Esas obras dice el mismo Olavarría, fueron escritas con el propósito de no trazar ni una sola línea sin previa consulta de cuantos libros, documentos y testimonios pudiera haber á las manos. Cuando se hallaba en prensa el tomo duodécimo, Olavarría sufrió un golpe horrible, se le murió su hijo primogénito, Enrique, nacido en México el día 7 de Agosto de 1874. Criatura de clarísimo talento, que había cumplido ocho primaveras, hermoso de rostro y de corazón, con ojos oscuros y expresivos, con frente llena de luz y de esperanzas. Hubiera entonces dado término á su empresa nuestro amigo, pero el afán de consagrar á la memoria de tan precioso y adorado niño, un monumento en que la madre, la hermanita y el desolado padre pusieran sus flores y sus lágrimas, le infundió aliento y concluyó su nuevo libro que fué comenzado según confesión del autor « con la intención de que algún día instruyera á mi hijo en la historia de su patria tres veces hoy querida para mí: porque es la de mi elección, porque en ella nacieron mi esposa y mis hijos y porque en esa tierra reposan los restos de mi primogénito » Este su hijo Enrique, murió en México el día 25 de Diciembre de 1881.

Los episodios nacionales son « Las perlas de la reina Luisa », sobre acontecimientos que hicieron brotar el germen de la independencia; « La Virgen de Guadalupe », sobre los sucesos que precedieron á la insurrección de Hidalgo en Dolores el 16 de sep-

tiembre de 1810; « La derrota de las Cruces » más anecdótica y episódica que las anteriores; « La Virgen de los Remedios », « Las Norias de Baján », « El Puente de Calderón », « El 30 de julio de 1811 », « El cura de Nupéparo », « La Junta de Zitácuaro », « El Sitio de Cuautla », « Una Venganza Insurgente », « La Constitución del año doce », « El Castillo de Acapulco », « El 22 de diciembre de 1815 », « El Conde del Venadito », « Las tres Garantías », « La Independencia » y « El Cadalso de Padilla. »

Diez y ocho tomos que se vendieron en todo el país con grande aceptación del público y que revelan la erudición y el talento de su autor á la vez que su jaucía, su energía y su constancia para concluirlos.

Admira cómo á pesar de haber trabajado tanto, pudo aceptar la difícil encomienda de escribir el cuarto tomo de esa grandiosa y lujosísima publicación « México á través de los Siglos » que es un monumento perdurable para mi patria y que enaltece así á los Sres. Alfredo Chavero, Gral. Vicente Riva Palacio, Julio Zárate, Enrique de Olavarría y Ferrari y José María Vigil, como al joven editor D. Santiago Balleca que con innumerables sacrificios, con rudos trabajos que le costaron prolongadas vigiliias y amargas desazonas, dió cima á tan importante obra, de la cual estoy seguro que aún no ha recogido ganancia material alguna.

Estaba encomendado el cuarto tomo « México Independiente » (años 1821 á 1855) al Sr. D. Juan de Dios Arias, pero le sorprendió la muerte cuando apenas comenzaba su trabajo y entonces fué Olavarría el designado para escribirlo. — Que salió airoso de esta nueva y noble tarea, lo saben cuantos han leído ese volumen lleno de imparcialidad, de sensatez y de erudición.

No satisfecho de estos trabajos, se propuso como administrador del Colegio de las Vizcainas escribir la

historia de tan benéfico establecimiento. Nadie había cuidado de escudriñar los archivos, cuya confusión desde hace muchos años era tan grande que había legajos arrinconados entre botes de especias para la cocina. — Olavarría buscó y rebuscó hasta hallar el material suficiente para escribir su magnífica obra « El Real Colegio de S. Ignacio de Loyola », vulgarmente « Colegio de las Vizcainas » en la actualidad « Colegio de la Paz ». — Reseña histórica escrita por Enrique de Olavarría y Ferrari é impresa por acuerdo y con la aprobación de su Junta Directiva.

Esta obra dedicada en tributo de veneración y gratitud á la memoria de los fundadores del colegio, á sus benefactores, al Benemérito Juárez que salvó sus caudales en 1861, al Gral. Porfirio Díaz que en 1885 salvó y afirmó por segunda vez esos caudales y á los Sres. de la Junta Directiva; esa obra, repito, impresa lujosamente en la reputada casa de D. Francisco Díaz de León, é ilustrada con magníficas vistas y retratos, es otro monumento de erudición histórica; contiene preciosos documentos, curiosos relatos, interesantes informes y puedo decir, que será en todo tiempo un escudo de salvación para el colegio si al correr de los años se viera alguna vez amenazado.

Este libro admirable revela con demostraciones palpables el espíritu, los sacrificios, la bondad y largueza de los fundadores, ilustra sobre puntos que se creían oscuros é inabordables y estudia la vida del plantel desde que se ideó levantarle hasta su estado actual.

¿ No son estos trabajos meritorios y gloriosos? Quien ha sabido llevarlos á cabo, ¿ no ha hecho mucho por el nombre y la gloria de la tierra mexicana, que ya lo cuenta como hijo suyo y de los más distinguidos?

Una vida consagrada en todas sus horas á enaltecer al país, á propagar en tierra extraña todas las

grandezas materiales y morales que encierra, á historiarla sin pasión y con gran caudal de conocimientos que satisfacen al más exigente erudito, y todo esto cuando se está todavía en la plenitud de los mejores años ¿ no da derecho á todos los aplausos, á todos los respetos y á todos los lauros ?

La casa de Olavarría está siempre visitada por lo más selecto en las letras y en las artes. — Allí las reuniones cautivan y dejan inolvidables recuerdos, pues en ellas toman parte así las jóvenes y los jóvenes de buena sociedad que en la música y el canto ocupan puestos de distinción, como los que cultivan la historia y la poesía, engalanando con sus producciones los mejores periódicos del país y con sus libros las más preciadas bibliotecas.

Por eso en aquella sala donde hace los honores de una reina la virtuosa é inteligente dama doña Matilde Landázuri de Olavarría, acompañada de su bella hija también llamada Matilde, pero que, para los que la conocemos desde niña nunca dejará de ser *la nena*, se deleita así el joven soñador y entusiasta que á la hora del baile encuentra una linda pareja, como el que sueña escuchando las armonías divinas que arranca al piano la sublime Elena Padilla, ó los gorjeos dulces de María Lebrija; así el que sacia su sed de saber en la erudición de D. José María Vigil y de Antonio García Cubas, como el que se siente feliz oyendo de los labios de Francisco Díaz de León cuántos sacrificios hay que llevar á cabo con resignación para servir á los desvalidos.

En la casa de Enrique se dan cita los más inspirados y estudiosos ingenios que son honra y prez de la juventud pensadora, á los cuales podría citar aquí si no fuera tan larga la lista de sus nombres, que me da temor el olvidarme de alguno y herir así susceptibilidades delicadas.

Olavarría ha trabajado mucho. Sus novelas publica-

das son doce y forman diecisiete volúmenes: sus obras dramáticas son seis; sus obras históricas abrazan veinticinco volúmenes, y las exclusivamente literarias constan de otros dieciséis volúmenes. Forman, pues, todas ellas *sesenta y cuatro* volúmenes, de veintiocho páginas el que menos, hasta ochocientas el que más, y recuerdo que al mostrármelos me decía tomando la frase de Cervantes y con la natural modestia que le distingue: « estos libros no por la calidad pero sí por la cantidad han vaciado los aposentos de mi cerebro. »

Es un escritor infatigable; su erudición es vastísima, nadie sabe como él la historia del Teatro en México desde los más remotos tiempos y á ello se debe su laboriosa obra « *Reseña Histórica del Teatro en México* », de la que en 1895 se publicó la segunda edición, en cuatro gruesos y nutridos volúmenes. El mejor elogio que de su Historia del Teatro puede hacerse, es reproducir lo siguiente que escribió Ignacio Altamirano, al leer la primera edición:

« Leo con verdadera fruición los bellísimos artículos que sobre Historia del Teatro publica Ud. — Son magníficos, y como está Ud. tan instruido en los sucesos de ese tiempo y conoce Ud. tan bien á nuestros hombres, sus cuadros son palpitantes de verdad. — Desfilan ante nuestros ojos como en una procesión histórica, hombres y cosas, con un realismo que sorprende. Veo que es Ud. un reconstructor admirable. Debe Ud. haber leído mucho, buscando mucho en el caos de nuestras publicaciones y consultando mucho. Siga Ud. Su libro será muy interesante, y si lo completa con la historia de nuestro teatro antiguo, será único. En México no había ni uno solo, y el asunto es importante, porque presenta una fase de la vida nacional y muestra el desarrollo que ha tenido en el país el gusto público; además, con este motivo se hace también historia política de México, y de la me-

jor porque es anecdótica. De todos modos la obra de Ud. es bella y merece aplauso. »

Olavarría, incansable siempre, aun tiene en preparación diversas obras históricas que va escribiendo en las horas que le dejan libres la administración del colegio de las Vizcainas, sus labores de redacción en el *Diario Oficial del Gobierno*, en que desempeña el empleo de Segundo Redactor, desde el 16 de Diciembre de 1881, y su cátedra en la « Escuela Normal para Profesores », de la cual fué nombrado profesor de lectura superior y ejercicios de recitación, reminiscencias y composición, ó sea de primero y segundo año de Español, el 11 de Julio de 1896 : para esta su cátedra ha escrito un nuevo libro que tiene por título « Guía metódica para el estudio de la lectura superior » y á principios de 1899, hizo de él una nueva edición intitulándole : « Curso elemental de Lectura superior y Recitación », obra que llena las condiciones para servir de texto en las Escuelas profesionales.

En 12 de Julio de 1896 fué electo diputado suplente al Décimo Octavo Congreso general de los Estados Unidos Mexicanos por el distrito de Jojutla ó tercer distrito electoral del Estado de Morelos, cargo que no llegó á ejercer por haber desempeñado la representación de dicho distrito el diputado propietario.

En 10 de Julio de 1898 fué electo diputado propietario el Décimo Noveno Congreso general de los Estados Unidos Mexicanos por el distrito de Guadalupe Hidalgo ó décimo distrito electoral del Distrito Federal, cargo que desempeña desde el 16 de septiembre de 1898 en que empezó á funcionar dicho Congreso de la Unión.

Del 20 de octubre de 1898 al 19 de noviembre siguiente ejerció interinamente la dirección de la Escuela Normal para profesores, de México, durante una ausencia del director y fundador Lic. Don Miguel Serrano.

Pertenece este amigo mío á la mayor parte de las Sociedades y Liceos literarios de la República, y á varias de las científicas ; fué secretario de la sección de literatura del Ateneo mexicano de Ciencias y Artes, creado en 1882, y en el undécimo Congreso Internacional de Americanistas, que celebró en México sus sesiones en Octubre de 1895, fué con los Sres. D. Justo Zaragoza y D. Casamiro del Collado, delegado oficial del gobierno español.

Por hoy, es su muy grato quehacer la educación de su hijo Ramón, nacido en México el 24 de Julio de 1886, pues de él espera que algún día siga honrando y haciendo estimado el apellido que lleva.

En México consideramos á Olavarría como compatriota y lo digo con orgullo, no creo que él pudiera vivir en ninguna otra parte más querido que aquí donde tiene hermanos en vez de amigos.

Es un amigo leal, sincero, abnegado, que no ha medido sacrificios ni escollos para servir á los elegidos de su corazón ; es un carácter firme y bondadoso que después de haber sufrido grandes pruebas y amargos dolores, no se volvió escéptico para los afectos ni cegó las fuentes de su bondad y de su nobleza, pues á quien le tiende su mano es porque ya lo ha inscrito en el catálogo de sus amigos y él sabe lo que significa y vale este título.

Un escritor de tantos méritos y de tantas virtudes privadas, es digno, no sólo de la particular y profunda estimación de los que pueden y saben apreciarlo, sino del respeto y aplauso de los que no le conozcan personalmente.

IGNACIO PÉREZ SALAZAR

(DEL LIBRO « MIS AMIGOS. »)

Después del Distrito Federal donde he nacido, de todas las ciudades de la República, es Puebla una de las que interesan mi corazón. Será porque en ella duermen eterno sueño seres para mí inolvidables, será porque ha sido teatro de grandes hechos históricos que me enorgullecen, será porque tiene grande semejanza con el lugar de mi origen, ó en fin, porque allá, adonde he ido más de veinte veces, hallé en los primeros días de mi vida literaria, muchos amigos leales, soñadores y poetas, á los que hasta el día debo pruebas inequívocas de constante adhesión y cariño.

Puebla ha dado al Parnaso, al Foro, á la Política, á la Ciencia, á la Tribuna, á la Cátedra, á las Armas y á la Diplomacia, hombres verdaderamente notables, y para dicha nuestra, los seguirá dando todavía por mucho tiempo.

En Puebla nació nuestro inspirado y correclísimo poeta D. Manuel Pérez Salazar y Venegas, tío del fraternal amigo á quien hoy toca entrar de lleno en unas cuantas páginas de este libro.

Era D. Manuel dulce y correcto, elevado y elegante en el sentir y en el pensar; sus versos de entonación vigorosa, recuerdan unas veces á Meléndez y otras á Argensola; vuela en ocasiones tan alto como Quintana; se levanta en otras tan triste como García Tassara y nunca abate el estró ni mancha el numen, ni deja el solio en que por su claro ingenio lo premiaron las Musas.

D. Manuel Pérez Salazar, hizo detenido y hermoso viaje, venero para él de nuevas inspiraciones y de íntimos regocijos que se traslucen en sus versos. Era magistral autor de sonetos, y el que tenga sus obras le recomiendo que se deleite con los que inti-

tuló « Las Discordias Civiles, » « La Vuelta. » « Las Ruinas de Pompeya » y su tiernísimo « El Petrarca, » tan dulce y tan bello como los del mismo amante de Laura. Distínguese sobre manera D. Manuel Pérez Salazar en sus traducciones y allí están « La Conciencia, » de Victor Hugo; « El 5 de Mayo, » de Manzoni; « Mi Hermana, » de Leopardi, superior en sentimientos y en estilo á la de nuestro inolvidable Carpio.

El Cisne poblano, el árcade de Zaragoza, el elegante bardo, amaba como hijo á su sobrino Ignacio Pérez Salazar. Yo sé bien que á éste último desagradaría que me ocupara de él sin nombrar y detenerme un poco en la vida de su maestro, protector y tío, á quien tanto debe en la vida.

Fué D. Manuel quien con indescriptible cariño, con sabios consejos y con acertada dirección encaminó á mi amigo á terminar brillantemente su carrera de abogado, habiendo tenido la desgracia de morir antes del mes de Agosto de 1881, en que recibió después de un brillante examen, el título y la toga el que es hoy objeto de este artículo.

¿Quién es Ignacio Pérez Salazar? me preguntareis muchos de vosotros al recorrer favoreciéndome, estas hojas donde he vaciado mi corazón. Voy á deciroslo en breves palabras.

Ignacio Pérez Salazar, hoy oficial mayor de la Secretaría de Hacienda del Estado de Puebla, es hijo de D. Ignacio Pérez Salazar y Venegas y de Doña Dolores Osorio, y nació en Atlixco, la antigua Villa de Alonso Díaz de Carrión.

Atlixco recuerda á los que la conocen, la vega de Granada: sus pintorescos panoramas; sus flores siempre en primavera, sus bullidoras cascadas y fuentes, el cielo siempre azul, las palmas meciéndose como airosos abanicos, los árboles copados y frondosos ofreciendo grata sombra, arrancan un suspiro

al que como yo ha sentido inefabes delicias en aquellos inolvidables sitios donde Boabdil lloró amargas lágrimas, y donde parece aún que en las noches de luna, la sombra de Moraima cruza silenciosa entonando tristes cantigas que los « raves » escuchan con respeto.

Ignacio fué precoz para los estudios y su noble padre murió dejándolo en la primavera de la vida, cuando apenas contaba quince años y comenzaba su carrera.

No fué su edad obstáculo para encargarse de siete hermanos que bajo la dirección de una madre modelo de virtudes y de inteligencia, se han formado y son hoy miembros honorables y útiles á la sociedad en que viven.

El padre de mi amigo, era ayudante de aquel inteligente y memorable Ministro del General Santa-Anna, General José María Tornel y Mendivil, y el día en que se separó de ese notable funcionario se radicó en Atlixco permutando por el empleo de Jefe de la Aduana de este lugar, el de Administrador de la del puerto de Matamoros que le habían dado como premio á sus relevantes servicios.

Ignacio, amaba las letras desde muy niño, y esta afición innata le valió todo el cariño de su tío D. Manuel que lo llevó á su lado, le puso en posesión de su riquísima biblioteca, le obligó á estudiar los clásicos griegos y latinos, lo familiarizó con las obras de los grandes genios de la humanidad, le dió sabios consejos y contribuyó de mil modos á formarle un ciudadano honrado, un abogado sabio y un poeta dulcísimo y noble.

Con Mentor tan valioso, mi amigo alcanzó los primeros premios en todos los años de su carrera, fué la gala del Seminario y del Colegio Carolino, aprendió el latín al grado de serle tan familiar como su propio idioma; profundizó á Virgilio y Horacio; desplegó

sus talentos en el Derecho Romano; ejerció su natural elocuencia en Cicerón; vigorizó sus ideas con Tácito; levantó sus inspiraciones con Cátulo y Tibulo, y llegó al colmo de sus deseos doctorándose en medio del aplauso unánime de sus maestros y condiscipulos.

Preparado así, entró de lleno á la vida pública y fué Secretario y Catedrático de Geografía en el Colegio del Estado; Regidor, Síndico y Diputado á la Legislatura de Puebla de 1873 y 1874; Juez de 1ª instancia de Cholula, Atlixco y Huejotzingo (en Tribunal Colegiado); Procurador de 1ª instancia, Secretario de la Jefatura Política, Secretario del Ayuntamiento y ahora empleado de Hacienda.

Honrado á carta cabal, educado en una atmósfera de virtud perfecta, amante de los libros que enseñan y que cautivan, jefe de una familia en que todos son igualmente estimables por sus méritos, es Ignacio Pérez Salazar como abogado, como literato, como poeta y como amigo, fiel reflejo de su limpia conciencia y de su immaculata conducta, blanco por dentro y por fuera, recto y leal á derecha y á izquierda, un caballero de la Edad Media, feliz con su manera de ser en medio del atronador concierto de nuestros tiempos.

No busquéis nunca en sus versos el acre sabor de la disipación y del escepticismo; no le pidáis gritos descompasados de desencanto y de incredulidad; no insistáis en que os hiera con el dardo de la duda ó del cinismo; no intentéis que os conmueva y os arranque un aplauso mostrando una llaga incurable ó lanzando una imprecación desusada, no; él ha cultivado en su alma desde la infancia, las flores de la fé y de la virtud; él ha sentido celestiales venturas en medio de un hogar tranquilo donde la voz de su virtuosa madre ha sido la voz del cielo en medio de las tormentas del mundo; él ha fortificado sus afectos con sanos ejemplos, con bellos libros, con nobles amigos y con la

memoria inmaculada de aquel bardo tiernísimo que le amó y le protegió tanto en las más serenas y hermosas horas de su juventud.

Ignacio Pérez Salazar como poeta es muy notable: campean en sus versos la ternura, la fé, el sentimiento, el amor puro y noble, la delicadeza y la lealtad. Son cada una de sus estrofas un reflejo de su corazón tranquilo, y busca sus númenes en el hogar, en la familia, en la cuna de sus hijos y en las aflicciones y en las glorias de su patria.

Amante elevado y tierno ha consagrado á la virtuosa compañera de su vida los más bellos cantos de su arpa modesta y sonora; padre tiernísimo, se inspira en las gracias de sus hermosos hijos que constituyen su mayor tesoro; hijo respetuoso y apasionado, vé en la santa mujer que lo nutrió en sus entrañas la encarnación más noble de sus más altos sentimientos.

Como abogado, bien lo saben todos; no registra un negocio que le avergüence. su conciencia y su corazón están en su carrera forense libres de rubor y de remordimiento.

Conoce á fondo la legislatura de nuestro país, posee riquísima biblioteca; pide al extranjero constantemente lo más notable sobre jurisprudencia y bellas letras; rinde ciego culto á sus deberes, y es el modelo de los abogados honrados é instruidos.

Podría yo citaros muchos versos de Ignacio, dulces como los mirtos y blancos como las azucenas; podría señalaros cuáles son sus defensas y alegatos más notables; no tendría dificultad en señalar los importantes artículos con que ha engalanado multitud de periódicos, desde « El Estudiante », que fundó y redactó en el colegio hasta cualquiera de los de nuestros tiempos; podría asimismo deciros con cuánto amor conserva de igual modo exquisitas obras de arte; pero nada es necesario, cuando en su Estado, uno de los más importantes de la Federación Mexi-

cana, es lo suficientemente reputado y conocido para no necesitar de mis elogios ni de mis aplausos.

Ignacio Pérez Salazar hizo últimamente un hermoso viaje en que visitó la Italia, recorriendo desde Nápoles á Venecia pasando por Roma, Florencia y Pisa y desde la Reina del Adriático á Milán y Turín; por la culta Francia, residiendo en París, por la grandiosa Inglaterra, por la histórica y legendaria España y después por los Estados Unidos del Norte visitando las rugientes Cataratas del Niágara.

Fruto de ese viaje es un precioso libro que publicó el año pasado, coleccionando todas sus impresiones escritas en sentidos y delicados versos, entre los cuales hay sonetos de gran mérito que bastarían por sí solos para darle, si no lo tuviera ya, alto renombre literario.

Libro que puede entrar á todos los hogares y ponerse en todas las manos, semeja un ramillete de gardenias y honra tanto á su autor como al que lo conserva en predilecto lugar de su biblioteca de cariño.

No sólo las poesías son interesantes y bellas en esa colección intitulada « Impresiones de Viaje y Estivales » pues lo son asimismo las notas en prosa que sirven de epílogo á la obra.

No es el poeta que pulsa cuerdas toscas para cantar pasiones bajas y torpes, sino el bardo de la ternura, de la virtud, de la bondad, de la fé y del sentimiento.

Como amigo, él, como Byron puede decir, que « la amistad es el amor sin sexo, » por eso el que lo trata lo quiere toda la vida.

Yo, en la humildad de mi valimiento, lo auguro desde ahora: Ignacio Pérez Salazar el día que saliendo de su natural modestia se proponga billar como merece, será un nuevo timbre de honor y de gloria para nuestro foro y para nuestras bellas letras.

Tiene todas las grandes cualidades para brillar en las alturas á que otros muchos llegan sin alas, impedidos por el soplo de la buena suerte, pero él es feliz

con la paz de que disfruta su conciencia, el amor de su esposa y de sus hijos, y la bendición de su tierna madre que Dios le ha conservado para regocijo de su corazón de hijo amantísimo.

Hace veinte años que nos conocimos y en ellos se ha nutrido y desarrollado una amistad que nos ha convertido en hermanos. No le doy ni él podría darme otro título, más que el de hermano, en nuestro trato y en nuestras epístolas.

Pero el cariño no ciega y si él no valiera lo que vale, yo no se lo diría porque no gasto lisonjas con nadie y menos con mis íntimos y mis elegidos.

GONZALO A. ESTEVA

(DEL LIBRO « MIS AMIGOS. »)

Hijo de un caballero todo talento y energía y de una dama deslumbradora de belleza y de virtudes, nació el distinguido amigo mío, á quien toca ahora engalanar con su nombre estas páginas, en la heroica ciudad de Veracruz y en un hogar cuyos limpios blasones, en sus dos ramas, brillaban tanto por vincularse en la sociedad más aristocrática como por aquilatarlos sus legítimos méritos de hidalguía y generosidad.

Hay familias en que el talento es un patrimonio que se recoge con el apellido y en las cuales es deber sagrado hacer un buen uso de tan rica herencia.

Gonzalo A. Esteva, dotado de brillante imaginación, amante de los libros y de las armas desde sus primeros años, con gran pasión por las bellas letras y con alas vigorosas para espaciarse en amplios horizontes, entró á la vida pública por la dorada puerta de la diplomacia.

La diplomacia para un soñador joven, es un palacio olímpico en que se respira esencia de nardos, se bebe néctar y se mira á los dioses.

Muy joven partió Esteva para Europa, y los más elegantes salones de Madrid, de Londres y de París, le abrieron sus puertas y le dieron sitio predilecto en sus estrados.

No le llevaba la política, ni el fin de hacer un tratado, ni la santa misión de dirimir un conflicto internacional; le impelía su juventud, esa maga que en sueños apura en vasos de Toscana el vino blanco de Mendés y el rojo de Scyatha, pasea en carros de Sicilia, pisa los tapices de Cartago y duerme en lechos de Mileto. Joven, lleno de inspiración, educado con el escrupuloso celo que distingue para esto á nuestras familias de limpio abolengo, Esteva fué en aquellos días un elegido en los altos círculos, á quienes era infiel sólo cuando halagaba sus sentimientos artísticos visitando y estudiando museos, academias, bibliotecas y teatros.

Nada de esto le impedía consagrarse en sus horas á su labor de oficina, llegando como el inolvidable Núñez Ortega, nuestro último ministro en Bélgica, á ser un hábil y experto secretario de Embajada con toda la discreción y el tino que requiere en tierra extraña el buen desempeño de tan honroso encargo.

Cuando Esteva volvió de Europa, después de haber tratado día por día, lo más selecto de las letras, de las ciencias y de la sociedad elegante y culta, sus ilusiones, como las hijas de Emeso, engalanaban sus frentes con guirnaldas de anémonas y vestían túnicas bordadas de perlas.

Ocupó un empleo de rango en la sección de Europa de la Secretaría de Relaciones Exteriores y se distinguió por el estricto cumplimiento de sus deberes.

En México, á la sazón, se operaba el cambio que fué el principio y la base del progreso actual. — Un sabio,